

La violencia cotidiana en la frontera: conflictos interétnicos en el Chaco boliviano

Erick D. Langer¹

En general se reconoce que la vida en las fronteras es muy violenta (Duncan Baretta y Markoff, 1978, 587-620 y Ferguson y Whitehead, 1992). En esas regiones, los robos de ganado, las guerras interétnicas, y la expansión de un estado sobre otro (o de un estado sobre sociedades sin estado) deterioran las relaciones humanas. Como observó hace varios años Frederic Lane (1966), ante la falta de alguien que ejerza el monopolio de la violencia sobre los seres humanos en los territorios fronterizos, se torna casi axiomático el hecho de que habrá mucha más violencia que en áreas donde los estados tienen por lo menos algún control sobre la población. A esto hay que sumar la propia naturaleza de las fronteras que, como apuntaron recientemente Thomas Sheridan y Donna Guy, en general implican un encuentro de sociedades y culturas muy diferentes (Guy y Sheridan, 1998, 7-12; Weber y Rausch, 1994).

El estudio de las fronteras ha oscilado, en general, entre pronunciamientos muy generales, como los que venimos exponiendo, y estudios de caso muy específicos, cuyas conclusiones raramente pueden aplicarse a otras regiones. Con base en los estudios de caso de la frontera chiriguano del sudeste de Bolivia en el siglo XIX, este artículo intenta suplir esa laguna. El él abordaré tres cuestiones importantes que deben ser atendidas de manera sistemática: las estructuras sociales que posibilitan una violencia sistemática en la frontera, la trayectoria por la cual los tipos e intensidades de violencia evolucionan a lo largo del tiempo y los efectos que esta violencia cotidiana tiene sobre las áreas fronterizas, incluso después de que la región ha sido subsumida bajo una estructura estatal. Por lo tanto, es importante distinguir tipos de violencia guerreros y más personales (pero igualmente sistémicos) característicos de las fronteras y, este es mi argumento, en antiguas áreas de frontera donde las poblaciones indígenas continúan constituyendo una proporción significativa de la población.

La frontera sudeste de Bolivia, donde el piedemonte de los Andes se transforman en las planicies del Chaco, ha sido una región históricamente marcada por los conflictos. Desde el siglo XVI fue espacio de confrontación entre españoles y chiriguano (hoy en día llamados Ava-Guaraní). Atraídos por los relatos de riqueza del imperio Inca, los *chiriguanaes*, como los llamaban los españoles, invadían la región andina a partir de Paraguay aproximadamente en las misma época en que los españoles invadían los Andes desde el océano Pacífico. Los chiriguano ya habían subyugado a los Chané, del piedemonte de los Andes, y estaban comenzando a subir a las montañas por los ríos cuando los españoles vieron frustrados sus esfuerzos de conquista. Sin embargo, en las décadas siguientes los chiriguano insistieron en sus tentativas de penetración en lo que ya era imperio español y después de que sus grupos

armados habían llegado a pocos kilómetros de Potosí, capital minera de plata de la colonia, en 1574, el virrey Francisco Toledo acabó organizando una expedición contra los indios. Ésta fracasó y después de caer enfermos en el transcurso de la guerra, sus hombres y los indios aliados se tuvieron que retirar. Después de esa vergonzosa derrota Toledo mandó a construir una faja de ciudades-fortaleza a lo largo de la frontera oriental para controlar las incursiones chiriguano.

La violencia permeaba la frontera chiriguano, aunque los niveles de violencia se volvieron relativamente estáticos. En las siguientes centurias las incursiones profundas tenían lugar tanto en territorio chiriguano como español. Al igual que en la frontera hispanoaraucana de Chile y a pesar de los vínculos estrechos que las unían, las sociedades española y chiriguana se organizaron en función de la guerra. Las incursiones y las contraincursiones eran un fenómeno común y aquellos lugares en los que los españoles encontraban un refugio relativamente seguro en sus haciendas-fortaleza de adobe, los chiriguano dispersaban sus asentamientos y construían casas más pequeñas para que las incursiones sobre sus villas no fueran tan devastadores como en el siglo XVI, cuando grupos afines vivían en casas enormes.²

Para intentar domar a los belicosos chiriguano, los jesuitas intentaron establecer misiones en medio de los indios, pero los “sotanas negras” no consiguieron controlarlos. Muchos misioneros fueron martirizados y las pocas misiones que los jesuitas lograron establecer no tardaron en caer rápidamente en revueltas. A fines del siglo XVIII los franciscanos consiguieron establecer una faja de misiones en medio de los chiriguano, a pesar de que muchos establecimientos indios habían permanecido independientes de la administración colonial española (Langer 1989: 123-125; Pifarré 1984, 174-268; Corrado e Comajuncosa 1884; Concepción Mingo 1981). Las luchas por la independencia destruyeron las misiones. Las guerrillas patrióticas capturaron los sacerdotes españoles y por lo menos un jefe chiriguano, Cumbia, se alió con ellas y con las tropas argentinas para eliminar las misiones (Saignes 1990: 127-162).

A principios del periodo republicano la frontera del Chaco casi había retornado al emplazamiento que tenía a fines del siglo XVI. La faja de ciudades fortaleza del siglo XVI que incluía Alcalá, La Laguna (más tarde llamada de Padilla), Saucos (hoy Monteagudo), Tomina, Pomabamba y El Villar continuó formando una estructura de defensa de control de los criollos,³ en la parte central de la frontera. Sólo al norte, algunas de las antiguas misiones franciscanas del siglo XVIII, como Abapó, se transformaron en pequeñas ciudades donde los indios y los criollos vivían bajo autoridades bolivianas. Del mismo modo, en la parte más al sur de la frontera del Chaco, unos colonos de Tarija establecieron pequeños enclaves en territorio chiriguano (Pifarré 1984: 289-293). De hecho, los chiriguano temían mucho más a los toba que, al haber adoptado el caballo, se habían convertido en invasores extremadamente eficientes, los colonos criollos acabaron aliándose a estos últimos.⁴

En las primeras décadas después de la independencia, los chiriguano dominaban el equilibrio de fuerzas a lo largo de la frontera. Apenas conseguían luchar eficientemente contra los transgresores criollos, como revertían su ventaja militar en pago en especie -principalmente ropas- por donaciones de tierras de criollos y oficiales del gobierno (inclusive prefectos departamentales).⁵ Algunos guerreros también exigían un tributo en cabezas de ganado de los vaqueros, como en 1835, cuando los chiriguano de Ingre fueron a las haciendas de Saucos a pedir que cada una les diese cuatro novillos -en caso que no pagasen, amenazaban huir con sus rebaños enteros.⁶ Además de esto, los guerreros chiriguano recurrían a una táctica extremadamente eficiente para rechazar a los criollos: mataban con sus flechas a las manadas

de ganado (y cualquier vaquero que tuviese la infelicidad de caer en sus manos) o llevaban los animales a Argentina, al sur de su territorio, donde lo vendían a los hacendados y comerciantes. Cuando la mal armada milicia boliviana, al igual que el prestigioso Batallón Illimani intentaron castigar a los chiriguano entre 1830 y 1850, éstos simplemente desaparecieron en la densa selva y en los cerros escarpados antes de atacar las guarniciones que habían sido debilitadas, para montar las expediciones punitivas.

En el siglo XIX la guerra continuó en la frontera porque no había monopolio de la violencia. A pesar de la ventaja militar que los chiriguano tuvieron durante buena parte del siglo XIX, ellos nunca constituyeron una fuerza unificada. Obviamente, parte de la fuerza de resistencia chiriguana se debía al hecho de que los españoles y sus sucesores criollos jamás habían conseguido controlar las numerosas aldeas indias protegidas por el accidentado paisaje. Las alianzas cambiaban constantemente y cuando el gobierno boliviano parecía llegar a un acuerdo con un grupo, otro comenzaba a atacar en otro lugar. Era un poco como intentar apretar un globo: cuando las autoridades trataban de presionar a un grupo de villas aliadas o, incluso sobornarlas para que se mantuvieran tranquilas, otras villas declaraban la guerra a esa confederación.

La cultura política de los chiriguano dictaba ese comportamiento. Según la hipótesis de Pierre Clastres referida a los pueblos guaraníes, a los largo de los años los chiriguano habían formado una “sociedad contra el estado”, en la cual las aldeas mantenían una independencia férrea feroz e, individualmente, los propios guerreros tenían la opción de irse en caso de que no les gustase el líder de su aldea (llamado *tubicha*) (Clastres 1987). La cultura política de los chiriguano institucionalizaba la violencia como parte de la vida de la frontera -las incursiones de una aldea contra otra eran muy comunes aún sin la presencia de colonos o del Estado boliviano en la región.

De un modo semejante, los criollos de la región también estaban familiarizados con la violencia. En primer lugar, la “frontera del ganado” era, casi por su propia naturaleza, violenta como afirmaron Duncan Baretta y Markoff (1978). Además, como todos los gobiernos de América Latina, el Estado boliviano era muy débil en sus periferias. Por último, casi no existían fuerzas policiales y el ejército sólo organizaba incursiones de manera ocasional. En su lugar, las milicias locales formadas por colonos y lideradas por terratenientes mantenían cualquier apariencia de fuerza criolla que pudiese existir. Los dignatarios locales, como los jueces y subprefectos, eran casi siempre originarios de la región y muy ligados a la clase de los terratenientes. Por mucho tiempo, el mayor terrateniente de la región, un mercenario irlandés al servicio de las fuerzas patrióticas durante las luchas de la independencia, Francis Burdett O’Connor, fue encargado de defender la frontera y de establecer nuevos asentamientos.⁷ O’Connor cumplió su misión de modo muy eficiente, distribuyendo tierras y armas a su milicia cuando los recursos del Estado lo permitían. De todos modos, del lado criollo nadie tenía tampoco el monopolio de la fuerza, especialmente entre los vaqueros dispersos que interactuaban con los Chiriguanos en los lejanos pastizales de tierra adentro. Aunque los registros judiciales sobre la violencia entre criollos sean raros, un misionero afirmó que los criollos de la frontera “poco se diferenciaban de los indios salvajes. Metidos en solitarios bosques y en cañadas, cuidando sus rebaños, diseminados aquí y allá en cabañas miserables, [los colonos], sin darse cuenta, habían contraído los mismos hábitos y vicios de sus aliados, los chiriguano, y mantenían un comercio ilícito con sus mujeres” (Martarelli 1918: 124).

Tipos de violencia

Por lo menos, cuatro tipos de violencia cotidiana deben ser resaltados en la frontera chiriguano, y sugiero que también pueden ser encontrados en otras fronteras, en las cuales la intensidad de cada tipo (de cada uno) varía en el tiempo en función de factores semejantes. El primero es intra-étnico, como cuando las aldeas chiriguano se atacaban unas a otras o los vaqueros criollos o mestizos luchaban entre sí. El segundo, el que más atención ha recibido de los estudiosos, es interétnico. Durante la mayor parte del siglo XIX, los chiriguano y los toba supieron mantenerse frente a los criollos. Esto cambió en la década de 1860, cuando los colonos construyeron y mantuvieron fuertes que los indios no pudieron conquistar. Asimismo, fuera de las empalizadas de madera, los indios probablemente cometieron tantos actos de violencia como los vaqueros y los colonos. A partir de entonces, los colonos pasaron a tener más poder, especialmente después de la Guerra de Huacaya (1874-1878), en la cual los colonos y el ejército boliviano consiguieron derrotar a una confederación de aldeas chiriguano y a algunos toba aliados.

Otro tipo de violencia cotidiana surgió entonces: los hacendados usaron todos los medios que estaban a su alcance para someter a los indios como mano de obra para sus haciendas. Finalmente, el último tipo de violencia cotidiana, la violencia doméstica, también aumentó. Esto se debió a las migraciones de hombres chiriguano, toba y matabo para las plantaciones de azúcar del norte de Argentina. Las ausencias prolongadas crearon muchos problemas entre los casados, una tendencia que fue particularmente bien documentada en las misiones franciscanas, las cuales a fines del siglo XIX contenían a casi la mitad de la población india. Por otro lado, el incremento del comercio y la introducción de la industria del petróleo a principios del siglo XX, acarrearón muchos conflictos con personajes de mala reputación siempre asociados con un auge petrolero.

Cambiaremos ahora de perspectiva para examinar con mayor detalle los diversos periodos, y enfocar de qué manera el énfasis sobre los diferentes tipos de violencia cambió con el tiempo y cuáles fueron sus implicaciones para la sociedad fronteriza.

El predominio de la violencia intra étnica (1820-1870)

Es difícil determinar los niveles de violencia intra-étnica que existían en la frontera chiriguano. Mi suposición es que fueron muy semejantes a los que describió Richard White (1991) en *The Middle Ground*, con respecto a la frontera de Norte América en el periodo colonial. Existen varios motivos para que este sea el caso. El más importante es que en la estructura social de la frontera oriental la unidad social y política eficiente de la sociedad era la aldea. Como explicamos arriba, la cultura política de los pueblos indígenas, exaltaba una imagen de "hombre sin dueño" tan radical que nunca surgió un estado en la región. Los propios colonos, si bien mucho más jerárquicos en su estructura social, estaban muy aislados entre sí, y muchas veces las milicias de uno y otro asentamiento de la frontera trabajaban para sus propios y, con frecuencia, contrarios objetivos.⁸

Los documentos existentes sobre la frontera oriental de los Andes entre la época de la independencia y la década de 1850 son escasos e incluyen casi exclusivamente relatos de oficiales de las milicias y de dignatarios locales que se quejaban de los ataques de los indios. Ellos revelan un sentimiento de amenaza constante y de fragilidad de la presencia de los criollos en la frontera, incluso en los establecimientos más antiguos, erigidos durante el periodo colonial, como Saucos. Durante ese período, las autoridades criollas no entendían muy bien a la

sociedad chiriguano: como no existía penetración, ningún conocimiento permitía guiar sus acciones. Los comandantes, por ejemplo, sólo percibían que los ataques eran probables cuando recibían relatos diciendo que las aldeas indias estaban fabricando muchas flechas.⁹ En respuesta, los colonos y las autoridades gubernamentales intentaban prevenir los ataques pagando derechos de pastoreo a los líderes chiriguanos, es decir, tributos para ser dejados en paz.

Esas posturas defensivas cambiaron en la década de 1850, cuando los colonos comenzaron a interactuar con los chiriguano y fueron reconocidos como importantes actores en la *Cordillera chiriguano*, como era conocida la región. En ese periodo los colonos se aculturaron a las realidades políticas y culturales de la *Cordillera*. Como expliqué en otro texto (Langer s/f), esta sociedad basada en la aldea resultó en alianzas múltiples y variables a lo largo del tiempo. Las aldeas chiriguano se aliaron a otras de su mismo grupo étnico y hasta a bandas toba y aldeas *karai*¹⁰ (esto es criollas) en un intento por mantener un equilibrio militar. El hecho de que las alianzas cambiaran a medida que un grupo adquiría fuerza sobre otro, sean aliados o enemigos, era lo más temido, y acabó generando un sistema dinámico aunque relativamente estable, en el cual las guerras en gran escala eran muy raras. Lo más frecuente eran las incursiones en pequeña escala de una aldea contra otra. Los grupos armados acostumbraban a incluir personas de diferentes etnias, incorporando tobas, chiriguano y hasta colonos, según la alianza del momento. Esas incursiones eran motivadas por la necesidad de los jóvenes chiriguano de mostrar su valor en combate, por el deseo de vengar un daño pasado o una muerte de un miembro de la aldea por alguien de una aldea rival, o simplemente por la voluntad de conseguir esclavos. Las incursiones también incluían ataques contra los colonos y su ganado y parece que, por lo menos hasta la década de 1870, las incursiones no discriminaban a los grupos étnicos, tanto en términos de quienes atacaban como de quienes eran atacados. Así, los jóvenes colonos participaban de esas expediciones al igual que los jóvenes de las aldeas indígenas.

Un ejemplo de esto es el ataque del 18 de septiembre de 1866 contra Yumbia, en lo que hoy en día es Chuquisaca,¹¹ pues revela la complejidad de las estructuras de alianza y que los dos lados estaban lejos de ser simplemente indios contra *karai*. Aquel día, Buricanambi, o *tubicha rubicha*¹² del valle de Ingre, con sus guerreros, cuarenta colonos de sauces [hoy en día Monteagudo] bajo el liderazgo de Apolinar Llanos de la vecina San Juan del Piray, Felipe Charay de la aldea (y misión franciscana) Chimeo, y un tal Arandia (cuyo origen es desconocido) atacaron tres aldeas en la región de Yumbia, en la cordillera Central. Los agresores mataron muchos hombres y se llevaron sus mujeres y sus hijos para venderlos como esclavos y se apoderaron de su ganado. Yumbia era una región habitada por *indios aliados* - esto es indios aliados con las autoridades de San Luis [hoy conocido como Entre Ríos] en el departamento de Tarija- y que también eran aliados con los chiriguano de Huacaya, archirrival de los Ingre de Buricanambi.

En respuesta a ese ataque, Sebastián Cainzo, el jefe militar de San Luis que acababa de firmar un tratado de paz con los indios de Huacaya, lideró un grupo de milicianos de San Luis con el general O'Connor, que en aquella época tenía más de ochenta años, para capturar a los agresores. Después de pasar por las aldeas aún en llamas, persiguieron a la partida de atacantes a marchas forzadas. Cuando finalmente llegaron a Chimeo recibieron una nota del comandante de las milicias locales que les prohibía entrar en su territorio con sus armas poniendo, así, un término a la persecución de los malhechores. Más tarde, Buricanambi se presentó ante un juez de San Luis para responder a las acusaciones de asesinatos, pero justificó su comportamiento afirmando que fue su deber: "Cumplí con mis obligaciones [...] de combatir a los enemigos

huacaya".¹³ El registro de la corte termina sin mencionar la sentencia pero, por lo que se sabe de la vida de Buricanambi después de este proceso, no es muy probable que haya sido puesto preso por el ataque a Yumbia. Cabe resaltar que ni los criollos ni los guerreros Ingre que participaron en el ataque, a no ser su jefe, fueron acusados. Era claro que ninguno detentaba el monopolio de la violencia en aquel momento; criollos y chiriguano atacaban impunemente, incluso a los supuestos indios aliados del gobierno.

En suma, podemos distinguir dos fases del conflicto en la Cordillera chiriguano durante los primeros cincuenta años de la independencia de Bolivia. Al comienzo, los pocos asentamientos *karai* que quedaban después de la guerra de la independencia sirvieron de puestos avanzados aislados en las escarpadas montañas cubiertas de selva de la región. Los colonos hacían todo lo que podían para no tener conflictos con los indios chiriguano (en esa época no había prácticamente ningún contacto con los grupos del Chaco, más al oeste) porque sabían que ellos y sus rebaños podrían ser exterminados en cualquier momento. Los conflictos interétnicos eran constantes, pero no muy intensos. Había incursiones ocasionales contra asentamientos o contra rebaños de ganado cuando los hacendados y dignatarios del gobierno no pagaban los tributos que debían a los indios. La mayor parte de la violencia era de hecho intraétnica, o sea, aldeas chiriguano luchando unas contra otras. En la década de 1850, los *karai* habían adquirido bastante conocimiento y se habían integrado suficientemente al sistema político de la frontera para participar en los ataques, generalmente como auxiliares de grandes jefes indios y siguiendo los planes de éstos, como parece haber sido el caso del ataque contra Yumbia. Esto incluía incursiones para obtener esclavos -toleradas por las autoridades *karai* locales- a pesar de que era una actividad prohibida por el Estado boliviano. En aquella época los conflictos intraétnicos predominaban a causa de la peculiar cultura política de los chiriguano, forjada durante un largo periodo en que esos hablantes de guaraní se asentaron en la región y en tanto resistían los esfuerzos del gobierno colonial para subyugarlos.

El predominio de los conflictos interétnicos (1870-1892)

En la década de 1870, el equilibrio de fuerzas militares cambió de manera decisiva en favor de los colonos y acarrió una transformación en la naturaleza de la violencia. En esa época las incursiones se transformaron en una guerra en gran escala. Podemos entender la guerra de Huacaya (1874-1878) como un punto de inflexión en las relaciones interétnicas. Aunque en esa guerra la mayoría de los combatientes de los dos lados hayan sido indios (y con eso, en cierta medida, el conflicto intraétnico continuó predominando) estaba claro que los indios aliados que acompañaban las fuerzas criollas estaban bajo el mando de éstas. Al contrario del pasado, los aliados chiriguano ya no podían actuar separadamente, ni cambiar de campo cuando sentían que un lado se estaba tornando más fuerte que los demás.

Aunque la Guerra de Huacaya pueda ser considerada como un punto de inflexión, esa transición sólo se hizo posible por las nuevas condiciones, anteriores a ese evento. Muchos factores alteraron la dinámica de la violencia cotidiana, siendo los más importantes el cambio del equilibrio de fuerzas militares a favor de los criollos. A comienzos de la década de 1860 la economía boliviana comenzó a prosperar como nunca antes. El *boom* de la minería en las montañas aumentó la demanda de ganado y las milicias pasaron a adquirir mejores armas para luchar contra los indios. Además, los colonos disponían de recursos y hombres suficientes para construir una serie de pequeños fuertes de madera en algunos de los mayores asentamientos *karai*. Aunque primitivos en su construcción y muy pequeños, esos fuertes permitieron

contener las incursiones de los chiriguano, cuyos arcos y flechas y la falta de jerarquía impedían toda operación de sitio. Los colonos construyeron fuertes en Ingre, Iguembe y Cuevo entre 1866 y 1868, penetrando en algunas de las áreas de mayor población indígena, inclusive en el Valle de Ingre, que estaba bajo el liderazgo de Buricanambi.

Por otro lado, los misioneros franciscanos lograron usar la presión que la economía agrícola revitalizada ejercía sobre los chiriguano para fundar misiones en medio de algunos de los mayores asentamientos. Los franciscanos se expandieron desde las pequeñas misiones de Chimeo e Itau en pleno piedemonte, hasta Aguairenda (1852), en la serranía más oriental, próximos al Chaco. Más tarde, en la década de 1860, el intrépido padre José Giannelli fundó las primeras misiones entre los toba y los matak, más al este, en las riberas del Río Pilcomayo, aislando de ese modo a los chiriguano de potenciales aliados. Más importante aún fue la fundación de Macharetí en 1869, uno de los dos últimos grandes centros independientes de asentamiento chiriguano (el otro gran centro independiente era Huacaya, al norte). Los chiriguano sabían que poco a poco, pero de manera irreversible, su independencia estaba siendo circunscripta y, en la década de 1860, las guerras intraétnicas se tornaron más violentas. Cuando los líderes de Huacaya descubrieron que Taruncunti, el líder de Macharetí, permitió el establecimiento de las misiones, ellos atacaron el refugio donde éste se había escondido y lo mataron. Antes, le cortaron la boca de oreja a oreja para avisar a los otros qué les pasaba a los traidores de la causa chiriguano. También mataron a sus esposas y a los parientes que lo habían ayudado. Solo sobrevivió su hijo Mandeponay, tal vez porque se encontraba en otro lugar (Corrado y Comajuncosa 1884: 445-448).

Esos nuevos niveles de violencia mostraron un nuevo sentimiento de identidad étnica y de independencia chiriguano en la segunda mitad del siglo XIX. Para los chiriguano de Huacaya, todos los *karai* eran malos por su propia naturaleza y, a fines de la década de 1860, la lucha no admitía alianza alguna con los blancos.¹⁴ Por fin, en 1869, los franciscanos consiguieron establecer su misión en Macharetí, gracias a los buenos oficios de Mandeponay. Según un patrón ya familiar, la iglesia-fortaleza recién construida en la cima de una loma cercana a la misión permitía prevenir los ataques de los chiriguano de Huacaya y de sus aliados.

La Guerra de Huacaya, que comenzó en 1874, resultó un desastre para el resto de las aldeas chiriguano independientes. Como muchos de sus aliados potenciales habían sido neutralizados por el establecimiento de misiones y fuertes, los indios de Huacaya no tenían la menor posibilidad. Buricanambi y sus guerreros Ingre, así como los chiriguano del Valle de Caipipendi, al norte de Cuevo, se aliaron a las milicias de Cuevo, Zapatera, Caiza, Saucos, Muyupampa, Gutiérrez, Lagunillas y San Luis para invadir el territorio de Huacaya. Después de tres años y medio de guerra y masacres, el último centro independiente de los chiriguano fue subyugado. Sólo algunos consiguieron escapar para el Chaco, donde formaron un asentamiento bajo el mando de *tubicha* Cayuhuari, que pasó el resto de su vida conspirando para recuperar las tierras de sus ancestros.¹⁵

Como resultado de la Guerra de Huacaya, los milicianos vendieron las mujeres e hijos chiriguano capturados como esclavas y domésticas en las ciudades de las tierras altas. El gobierno instituyó un programa especial de donación de tierras que otorgaba media legua cuadrada (1.250 hectáreas) de territorio indio a los miembros de las milicias que habían luchado en la guerra. Los colonos dividieron entre sí las aldeas otrora independientes y sus tierras, forzando a los indios independientes a la servidumbre de por vida. Aunque Buricanambi y sus guerreros hubiesen luchado al lado de los colonos, el Valle de Ingre también fue dividido en estancias y entre miembros de las milicias. En pocos años, ricos comerciantes y

terratenientes compraron las escrituras de muchos de los antiguos miembros de las milicias y, de este modo, en la década de 1880 consolidaron los latifundios de la región (Langer 1989: 128-142).

Parecía que los chiriguano habían sido finalmente derrotados. La lucha por la tierras indias avanzó hacia el este, para la región mucho menos fértil del Chaco, donde los colonos establecieron haciendas y fuertes para usurpar las tierras de los toba, mataco y de otros grupos étnicos menores del Gran Chaco. Al contrario de las alianzas multiétnicas que habían caracterizado la mayor parte del siglo XIX, los conflictos cotidianos en el Chaco adoptaron luego una forma etnocida. Los hacendados partían del principio de que los indios del Chaco eran ladrones de ganado por naturaleza y los mataban como plagas que precisaban ser expulsadas del paisaje. Muchos indios trataron de huir más lejos, adentro del Chaco. Por otro lado, la presión de los militares argentinos en la parte sur de esa región empujó a las bandas toba y mataco para el norte y el este. En la frontera de Chaco los conflictos interétnicos entre grupos indios también aumentaron, pues los toba, famosos por sus incursiones y habilidad con el caballo, compraban armas de fuego en las plantaciones de azúcar de Jujuy (Argentina) y las usaban para repeler a sus archirrivaes, los mataco, desde las áreas que estaban fuera del control nacional.

Después de casi dos décadas de tranquilidad, los chiriguano se rebelaron por última vez en 1892.¹⁶ Alegando ser un *Tumpa* (un hombre-dios que iba a expulsar a los blancos del mundo) un joven peón de hacienda que fue aprendiz de chamán inició un movimiento milenarista. Adoptó el nombre de Apiaguaiqui o Hapiaoeeki.¹⁷ Construyó una casa próxima a Ivo, cerca de la recién fundada misión de Santa Rosa de Cuevo (y del viejo fuerte de Cuevo, que en esa época estaba abandonado). Muchos indios, inclusive líderes de grandes centros de población chiriguano, fueron a visitarlo y a homenajearlo. Finalmente, sólo los jefes secundarios y los hijos de grandes jefes escucharon el canto de sirenas del mesianismo. Los otros líderes estaban comprometidos por sus propias posiciones o tenían conciencia de la futilidad de los conflictos armados contra los *karai*. Mandeponay, de la misión Macharetí, y Aireyu, del Valle de Caipipendi, se rehusaron a unirse a él. Fuera de algunos jóvenes guerreros de Santa Rosa, los habitantes de esa misión permanecieron leales a su fraile franciscano. En enero, el estupro de una adolescente chiriguano por un *karai* acabó inflamando a los rebeldes y la revuelta estalló antes de la hora prevista.

La rebelión acabó siendo un desastre. La batalla de Curuyuqui en la cual en 1892, milicianos, un pequeño destacamento del ejército regular boliviano y millares de guerreros chiriguano de las misiones enfrentaron a los rebeldes, causó entre seiscientos y mil muertos, casi exclusivamente entre las filas rebeldes. Las trincheras construidas por los rebeldes no detuvieron a las fuerzas nacionales como, al contrario de lo que *Tumpa* afirmara, las balas de los rifles modernos y de la artillería sí mataron a sus guerreros. Apiaguaiqui fue llevado a Sauces, juzgado y ejecutado en la plaza pública. Era el fin de la última resistencia violenta organizada de los indios chiriguano.

Así, el periodo de violencia interétnica fue relativamente corto en la frontera oriental, por lo menos con los chiriguano. Antes de la década de 1870 la violencia intraétnica predominaba. La cultura política de los chiriguano, que había exaltado la independencia de los guerreros, había transformado las incursiones en una actividad común. A partir de los años 1870, aunque la mayoría de los combatientes fuesen indios, la configuración del poder había cambiado. La sociedad criolla acabó triunfando cuando una combinación de fuertes, misiones y la absorción de aldeas chiriguano independientes en haciendas acabaron cambiando el equilibrio de fuerzas

a favor de los *karai*. Como resultado, la Cordillera chiriguano, que había resistido a cuatro siglos de conquistas, acabó siendo subyugada. Este periodo de conquistas fue bastante corto y puede ser medido en, como, máximo, algunas décadas. Después de esto, los conflictos interétnicos disminuyeron y se inició una nueva fase de violencia para controlar la mano de obra de la población indígena y de violencia que se volcó hacia adentro de la sociedad chiriguano.

La “sociedad de conquistas” y los usos de la violencia a partir de 1880

Como vimos, aunque no fuesen raras antes de 1880, las incursiones para obtener esclavos y otras actividades semejantes no eran sistemáticas ni afectaban a la mayoría de una población indígena o no. Aunque durante el siglo XIX los indios capturaban mujeres y niños criollos, los chiriguano, por lo menos, no valorizaban la mano de obra de las mujeres blancas de la misma manera que, por ejemplo, los pueblos indígenas de las pampas argentinas, en aquel mismo momento (Socolow 1992: 73-100; Jones 1983). En realidad, los criollos usaban más mano de obra esclava india. Durante la Guerra de Huacaya y después de la rebelión de 1892, las milicias bolivianas mataron a los hombres y usaron a las mujeres y a los niños para sí mismos o los vendieron en las ciudades de Sucre o Santa Cruz (ver, por ejemplo, Un Misionero 1892).

Después de subyugar a los chiriguano y dividir sus tierras entre las milicias, la lucha por los recursos se centró en la mano de obra indígena masculina. En una economía agrícola boliviana que exigía mucha mano de obra, la tierra era prácticamente inútil sin peones de hacienda para trabajarla. Como decía un misionero franciscano:

Hay blancos que se llaman agricultores ó de labranza, porque poseen muchos peones chiriguanos, los mandan y los dirigen, para que trabajen en el campo por el interés y lucro propio de ellos. Puedo decir con todo acierto, que el único jornalero de las cuatro provincias, Azero, Cordillera, O’Connor y Gran Chaco, es el chiriguano...” (Nino 1912: 237).

La competencia por trabajadores llevó a elaborar un sistema cruel de servidumbre por deudas, en el que los indios recibían bienes de antemano que nunca podrían pagar de vuelta. La servidumbre por deuda puede ser considerada como una violación de los derechos humanos y, por lo tanto, como una especie de violencia cotidiana contra los indios que eran forzados a vivir bajo ese régimen. Pero el asunto fue aún peor. Como expliqué en mi libro *Economic Change and Rural Resistance in Southern Bolivia* los terratenientes apelaban para el rapto de los niños chiriguano a la “adopción” de “huérfanos” indios, “huérfanos” cuyas madres solteras no podían impedir que sus hijos fuesen llevados lejos. Esos niños solían ser el fruto de estupros por los terratenientes u otros *karai*, toda vez que las mujeres chiriguano eran vistas como atractivas y presas sexuales fáciles para cualquier hombre blanco (Langer 1989: 150-152).

La violencia sexual contra las indias aumentó durante ese periodo. Ella también se extendió a los muleros argentinos que, en la década de 1920, fueron contratados por la Standard Oil para llevar equipamientos de perforación. En un incidente, esos muleros violaron a una mujer chiriguano cuando pasaban por una aldea indígena y mataron a su marido que trató de defenderla. Otros cinco chiriguanos que lucharon contra los muleros también fueron heridos. La autoridad local de la aldea de Ñancaroinza no hizo nada, pues se sintió impotente frente a la superioridad numérica de los argentinos.

Los terratenientes también usaban a las indias como un medio para atraer trabajadores chiriguano para sus haciendas. Así, los hacendados se acusaban entre sí de seducir mujeres para que fueran a sus propiedades y permanecieran allí con los trabajadores masculinos (Langer 1989: 149-150). Aunque tal vez no violentas en sí, esas relaciones implicaban un abuso de poder por parte de los terratenientes para lograr el acceso sexual para sí mismos y para sus trabajadores.

Obviamente, los chiriguano resistían su opresión. Después de su derrota en la Guerra de Huacaya, muchos indios comenzaron a huir de la región y se instalaron en el norte de Argentina para trabajar en las plantaciones de azúcar de Jujuy. Como la emigración se aceleró a fines del siglo XIX y comienzos del XX, los sistemas de servidumbre por deudas se tornaron más duros aún. A comienzos del siglo XX, el Estado boliviano consiguió crear una especie de infraestructura burocrática que permeaba las áreas de frontera, pero era exclusivamente usada como un instrumento de control por los hacendados. Los peones debían presentarse con sus patrones en las delegaciones de policía locales y firmar (o dejar sus impresiones digitales) en un documento que los obligaba a permanecer en la hacienda hasta que consiguieran pagar sus deudas (Langer 1989: 148-149). Así, los terratenientes lograban transferir los costos de la aplicación del sistema de servidumbre por deudas al Estado.

Un medio de escapar de las garras de los terratenientes abusivos era el establecimiento de misiones en los asentamientos chiriguano. Los propios misioneros reconocían que los indios no querían misiones para su bienestar espiritual, sino sólo para no perder sus tierras ni convertirse en peones de hacienda (Nino 1912: 116), lo que está confirmado por las bajas tasas de conversión: de aproximadamente 10,000 indios que a fines del siglo XIX vivían en doce misiones franciscanas existentes, entre un cuarto y un tercio se habían convertido al cristianismo.

Antes de la Guerra de Huacaya los colonos estaban a favor de las misiones, pues ofrecían un refugio para los que se habían agrupado cerca de los límites de la misión y también porque percibían que los indios de las misiones fungían como aliados (entonces permanentes) de las fuerzas criollas. En la década de 1880, ese sentimiento cambió entre los terratenientes y los colonos. Una vez que consideraron que los chiriguano habían sido subyugados, las misiones no necesitaban más desempeñar funciones militares. Además, los frailes protegían a los indios de la explotación excesiva de mano de obra y una vez que los terratenientes se dieron cuenta de que los indios de las misiones no podían ser explotados tanto como los de las haciendas, trabajaron en contra de los franciscanos para que las misiones fueran secularizadas. En este sentido las misiones estorbaban los métodos coercitivos que los hacendados locales usaban contra los indios subyugados. Entre tanto, también los misioneros ejercían coerción contra sus protegidos, fundamentalmente, contra los niños que frecuentaban las escuelas de las misiones. Además del uso de castigos corporales en las escuelas -comunes también en las escuelas europeas de la época y ciertamente reproducidos por los franciscanos casi exclusivamente originarios de Italia- la violencia se acabó volviendo hacia adentro, también entre los indios de las misiones.

La violencia doméstica en las familias indias aumentó durante el periodo en cuestión, por dos motivos. El principal fue el hecho de la migración estacional para las plantaciones de caña de azúcar argentinas. Los frailes se desesperaban por la migración constante, principalmente de los indios adultos y jóvenes para Argentina, para la *mpaborenda*, “la tierra donde hay trabajo” como los chiriguano llamaban a Argentina, y donde podían adquirir ropas de moda, mulas, caballos, herramientas e, incluso, armas. De este modo, las misiones perdieron muchos

habitantes para las plantaciones de azúcar, aunque en muchos casos la migración era solo estacional. Sin embargo, esta migración causaba una ruptura en las familias que permanecían en las misiones. La impresión que se tiene es que, durante ciertas estaciones del año, desde fines del siglo XIX y hasta que fueron definitivamente secularizadas en la década de 1940, las misiones eran casi exclusivamente habitadas por mujeres, niños y viejos. La ausencia prolongada de los hombres a veces llevó a nuevas relaciones, en las misiones o en las plantaciones de caña de azúcar. Las mujeres que permanecieron en los asentamientos de las misiones también se volvieron mucho más autosuficientes y cuando sus esposos regresaban, encontraban difícil retomar aquella misma posición subalterna que ocupaban antes. Los misioneros reconocían que la migración causaba muchos problemas entre los casados. El padre Bernardino de Nino, uno de los más agudos observadores de la vida en las misiones, afirmó que los que volvían de Argentina “llevan apenas un poco de ropa negra para sí, algo ó nada para su mujer, á quien proporcionan una paliza soberana en la primera ocasión por motivo pequeño ó sin él también ...”(1912: 305).¹⁸ Así, la violencia en la sociedad chiriguano se volvió para adentro, lo mismo que en los refugios relativamente estructurados y seguros de las misiones franciscanas.

El segundo motivo era que, de bebedores de chicha, una cerveza de maíz relativamente alcohólica, los chiriguano pasaron a beber alcohol de caña (aguardiente). Los contratistas de trabajadores argentinos, los comerciantes de las pequeñas ciudades, así como algunos de los propios *tubicha* indios abastecían aguardiente. José Napoleón Tacu, por ejemplo, el hijo mayor y predilecto del gran Mandeponay, de la misión de Macharetí, vendía aguardiente de su casa en la misión, para desesperación de los franciscanos. Su padre lo apoyó y a comienzos del siglo XX, comenzó a usar alcohol de caña en las fiestas periódicas que él, como jefe, estaba obligado a dar (Langer 1987). Los migrantes también solían beber esta bebida con alto grado alcohólico en Argentina (donde no había chicha porque las mujeres que acostumbraban prepararla no los acompañaban). Como en cualquier cultura, esos niveles tan elevados de alcoholismo, trajeron más abusos físicos dentro de la familia. El geógrafo Oscar Schmieder observó que a medida que las “bebidas alcohólicas importadas” sustituían a la chicha, “las fiestas [...] pasaron a tener un fin sanguinario” (Schmieder 1928: 164; Nordenskiöld 1913: 8-9, 302).

El uso de aguardiente a los niveles de la chicha también llevó al estatuto de las mujeres a declinar dentro de las familias chiriguano. La preparación de chicha había sido uno de los más importantes papeles que las mujeres desempeñaban en las sociedades indígenas. También era un motivo por el cual la mayoría de los *tubicha* y todos los *tubicha rubicha* eran polígamos. Los jefes precisaban de mano de obra femenina suficiente para preparar las grandes cantidades de chicha necesarias para las fiestas que fortalecían su posición dentro de sus comunidades y también para las reuniones con los otros aldeanos y sus líderes. Cuando el aguardiente pasó a sustituir a la chicha en muchas comunidades, las mujeres chiriguano perdieron su papel en la economía de los rituales, desvalorizando su status.

No tenemos información acerca de la vida familiar de los peones de hacienda, aunque es cierto que la migración y del consumo de aguardiente también afectaron a esas familias. El consumo de aguardiente era mayor en las propiedades en que los indios acostumbraban a ser pagados con aguardiente (Nordenskiöld 1913: 300). Es probable que las condiciones coercitivas de los peones, o el peligro de estupro por los blancos para las mujeres chiriguano, también causaran muchos problemas en las familias. La “sociedad de conquista”, que se fundamentaba en una sujeción servil de población indígena, no sólo involucró violencia interétnica, sino que también llevó a la violencia doméstica.

Conclusiones

Cuando se examina más de cerca, la cuestión de la violencia cotidiana en la frontera se vuelve muy compleja. Aunque este breve ensayo apenas haya conseguido analizar este asunto de modo muy genérico, está claro que existen muchas dimensiones. Una de ellas son las transformaciones en el tiempo. En el caso de los Andes orientales, en la medida en que el balance del poder militar estuvo a favor de los indios, la violencia interétnica fue menor que la violencia intraétnica, fruto de “la sociedad contra el Estado”. Las aldeas libres se atacaban entre sí y los criollos hacían todo lo que estaba a su alcance para no unificar la ira de la sociedad chiriguano contra ellos. Antes, las aldeas criollas participaban con las aldeas indígenas de las incursiones limitadas y no pasaban de un grupo entre tantos otros, a lo largo de la frontera.

El equilibrio de fuerzas cambió en la década de 1870, acarreado también un cambio en el predominio de tipos de violencia. La violencia interétnica se volvió mucho más común y, después de 1892, de hecho, el único tipo de violencia interétnica fue la de los criollos atacando indios. El período de mayor intensidad fue de 1874 a 1892, aunque después la violencia se institucionalizó en la “sociedad de conquistas” que surgió, fundamentalmente, en los sistemas de servidumbre por deudas, en los abusos sexuales de las indias, en la ayuda del Estado boliviano en la represión contra los indios y en la fuga de los indios para Argentina. Sólo las misiones franciscanas lograron mejorar algunas de las peores partes de este sistema, aunque la migración estacional y el consumo excesivo de alcohol habían llevado a una interiorización de la violencia en las familias. Sin duda, esto también ocurrió en las haciendas, aunque falten documentos para comprobarlo.

Los indios del Chaco, por su parte, estaban aún más expuestos a la violencia. Los colonos negaban su humanidad y los mataban sin que hubiera sanciones legales por los asesinatos. A comienzos del siglo XX, la instauración de una zona militar trajo algún alivio, que acabó con la Guerra del Chaco (1932-1935), en la cual los indios se volvieron soldados rasos de Bolivia y de Paraguay y fueron virtualmente extinguidos en la región. La “sociedad de conquista” existe hasta hoy, toda vez que aparecen en la prensa boliviana noticias ocasionales de peones por deudas y estupro de indias.

BIBLIOGRAFÍA

Clastres, Pierre 1987: *Society Against the State: Essays in Political Anthropology*. Robert Hurley, trad. New York, Zone Books.

Concepción Mingo, Manuel de la 1981: *Historia de la Misiones franciscanas de Tarija entre los Chiriguanos*. Tarija, Universidad Juan Misael Saracho (2 vols.)

Corrado, Alejandro María y Antonio Comajuncosa 1884: *El Colegio franciscano de Tarija y sus misiones. Noticias recogidas por dos misioneros del mismo Colegio*. Quaracchi. Tipografía del Colegio de S. Buenaventura.

Duncan Baretta, Silvio R. y John Markoff 1974: “Civilization and Barbarism: Cattle Frontiers in Latin America”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 20, n° 4, págs. 587-620.

Ferguson, R. Brian y Neil L. Whitehead (eds.) 1992: *War in the Tribal Zone: Expanding States and Indigenous Warfare*. Santa Fe, School of American Research Press.

- Guy, Donna J. y Thomas E. Sheridan (eds.) 1998: *Contested Ground: Comparative Frontiers on the Northern and Southern Edges of the Spanish Empire*. Tucson, University of Arizona Press.
- Jones, Kristine L. 1983: "La Cautiva: An Argentine Solution to Labor Shortage in the Pampas", en *Brazil and the Río de la Plata: Challenge and Response, an Anthology of Papers Presented at the Sixth Annual Conference of ICLLAS*, Luis Clay Méndez and Laurence Bates, eds. Charleston, Eastern Illinois University, págs. 91-94.
- Lane, Frederic 1966: *Venice and History*. Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Langer, Erick D. 1987: "Mandeponay: Chiriguano Indian Chief in the Franciscan Missions", en *The Human Tradition in Latin America: Nineteenth Century*. Wilmington, Scholarly Resources; págs. 281-294.
- Langer, Erick D. 1989: *Economic Change and Rural Resistance in Southern Bolivia 1880-1930*. Stanford, Stanford University Press.
- Langer, Erick D. 1994: "Caciques y poder en las misiones franciscanas entre los Chiriguanos durante la rebelión de 1892." *Siglo XIX: Revista de Historia*, nº 15 (enero-junio 1994), págs. 82-103.
- Langer, Erick D. 1997: "Foreign Cloth in the Lowland Frontier: Commerce and Consumption of Textiles in Bolivia, 1830-1930." en *The Allure of the Foreign: The Role of Imports in Post-Colonial Latin America*. Benjamin S. Orlove, ed.. Ann Arbor, University of Michigan Press; págs. 93-112.
- Langer, Erick D. s/f: "'Taking Pears from the Elm Tree': The Franciscan Missions Among the Chiriguanos, 1840-1949," manuscrito inédito.
- Martarelli, Angélico 1918: *El Colegio de Potosí y sus misiones*. 2ª ed., La Paz, Talleres Marinoni.
- Nino, Bernardino de 1912: *Etnografía chiriguana*. La Paz, Tipografía Comercial de Ismael Argote.
- Nordenskiöld, Erland 1913: *Indianerleben: El Gran Chaco (Sudamérica)*. Leipzig, Georg Merseburger.
- Pifarré, Francisco 1984: *Los Guaraní-Chiriguano: Historia de un pueblo*. La Paz, Centro de Investigación y Promoción del Campesinado.
- Sanabria Fernández, Hernando 1972: *Apiaguaiqui Tumpa*. La Paz, Amigos del Libro.
- Saignes, Thierry 1990: *Ava y karai: Ensayos sobre la frontera chiriguano (siglos XVI-XX)*. La Paz, HISBOL.
- Schmieder, Oscar 1928: "The East Bolivian Andes South of the Rio Grande or Guapay." *University of California Publications in Geography*. vol. 2, nº 5.
- Socolow, Susan 1992: "Spanish Captives in Indian Societies: Cultural Contact Along the Argentine Frontier, 1600-1835." *Hispanic American Historical Review*, vol. 72, nº 1, págs. 73-100.
- Torres de Mendoza, Luis (editor) 1668: "Anonymous. Descripción de la Villa de Santiago de la Frontera de Tomina y su distrito, sacada de la relación que por mandado del Consejo se hizo y envió de aquella ciudad en el año de 1608". En *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía sacados de los archivos del reino y muy especialmente del de Indias*, Madrid: Imprenta de Frías y Compañía; vol. 9.
- Un Misionero 1892: *Sublevación de los indios Chiriguanos en las Provincias de Azero y Cordillera, pertenecientes a los departamentos de Sucre y Santa Cruz de la República de Bolivia*. Potosí, Imprenta "El Porvenir".
- Varios 1882: *Limites entre las Provincias del Azero y de Cordillera. Varios documentos consernientes a la cuestión*. Sucre, Tipografía del Progreso.
- Weber, David J. e Jane Rausch (eds.) 1994: *Where Cultures Meet: Frontiers in Latin American History*, Wilmington, Scholarly Resources.

White, Richard. *The Middle Ground: Empires and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991.

NOTAS

¹ School of Foreign Service/History, Georgetown University, Washington, DC 20057, USA. Correo electrónico langere@georgetown.edu. Una versión de este artículo en portugués integra el dossier coordinado por Maria Aparecida de S. Lopes y Sara Ortelli, "Fronteiras Americanas. Entre interações e conflitos (séculos XVIII-XX)", *Estudos de História*, vol. 13: 2, Universidade Estadual Paulista (Franca), Sao Paulo, 2006

² Para las fortalezas-haciendas españolas, Torres de Mendoza 1668: 339 y 341; para el lado chiriguano, Saignes 1990: 21-54.

³ Criollos es el nombre dado a los descendientes de españoles que dirigieron a Bolivia desde la independencia. Uso este término aquí para designar a todos los pueblos no indígenas en la frontera.

⁴ "Índice de las comunicaciones oficiales qe el Gobno de Tarija dirige a S.G el Ministro de Estado del Despacho del Interior," Tarija, Diciembre 25, 1834, Correspondencia Oficial [en adelante CO], Ministerio del Interior [en adelante MI], Tomo 51, No. 28.

⁵ Estos argumentos son resumidos en Langer 1997: 93-112) y en el primer capítulo de Langer s/f.

⁶ Estevan Fernandez al Prefecto de Chuquisaca, Saucos, 7, Junio, 1835, CO, MI, T. 53, No. 27.

⁷ Fue así en las décadas de 1830 y 1840. Más tarde, O'Connor mantuvo su poder, pues los colonos le debían sus lotes de tierra. Ver: Archivo del Juzgado de Partido, Entre Ríos (AJPER), 1833:44, 88, 93, 104, 105, 118, 119, 204; 1838 s/f; 1843:7.

⁸ Si bien es necesario realizar análisis más profundos, el conflicto entre colonos de Santa Cruz y de Chuquisaca, en la década de 1880, es el más conocido y el más ilustrativo a este respecto. Había ciertamente mucho más que un conflicto sobre la frontera departamental, y él pudo ser constituido en una guerra de haciendas o hasta un conflicto sobre cómo dividir a los trabajadores indios. Existe una literatura de panfletos, abundante y subutilizada, sobre este asunto. Ver, por ejemplo, Varios 1882 [No he podido encontrar a los autores]

⁹ Ver, por ejemplo, Francisco Barrios al Sñr Govr de la Provincia, Saucos, Marzo 22, 1833, CO, MI Tomo 44, N° 25.

¹⁰ Karai significa "Dios" o "espíritus malévolos." Era así como los indios llamaban a los blancos, reconociendo tanto su poder, como su papel histórico de ladrones de sus tierras y de sus mujeres e hijos.

¹¹ "N. 100 Juicio criminal que se instruye contra Santiago Buricanambi por el delito de matanza saqueo e incendio en el pueblo de Guacaya," 1866:82, AJPER. Los próximos párrafos se basan en este documento.

¹² *Tubicha rubicha* significa "alto jefe". Él tenía más prestigio o riquezas que un mero *tubicha* y, por eso, era reconocido como líder de los jefes inferiores de su área de influencia.

¹³ "N. 100 Juicio", f. 7.

¹⁴ Tal vez la incursión de Yumbia de 1866 hubiese mostrado a los Chiriguano de Huacaya que no podían confiar en cualquier tratado de paz con los *karai*.

¹⁵ No existe una buena historia de la Guerra de Huacaya. Para algunos resúmenes, ver Sanabria Fernández 1972; Corrado y Comajuncosa 1884; Pifarré 1984; para Cayuhuari, Nordenskiöld 1913: 161.

¹⁶ El análisis de la rebelión de 1892 se basa en Sanabria Fernández 1972; Pifarré 1984; Langer 1994: 82-103.

¹⁷ La cuestión del verdadero nombre del líder mesiánico presenta controversias. Pifarré reivindica que su nombre era Hapiaoeki (o castrado) y no Apiaguaiqui, como alega Sanabria. ¿Será que ese joven trataba de imitar a los poderosos misioneros franciscanos, que eran célibes?

¹⁸ Nordenskiöld (1913) pensó que los problemas maritales eran más grandes en las misiones que entre las villas independientes.